

¿Por qué, Noche, el terror de tus tinieblas
de extraños seres y de monstruos pueblas?
Ningunos brazos mi dolor amparan!...

Se oyen sordos rugidos de agonía,
como si dentro de mi sér aullaran
las hambres de diabólica jauría!

IX

La obscura noche amortajó la Tierra,
y aullando de furor descende el viento
—monstruosa sombra de un chacal hambriento—
de las guájaras negras de la sierra!

¡El alma, ciega de pavor, se encierra
como en la estéril celda de un convento,
en la desolación de un pensamiento,
corza que echó de su breñal la guerra!

— ¡Señor! — clamo con labio tembloroso,
clavadas las rodillas en el suelo:

— ¡Dadme un poco de paz y de reposo!

He dejado mi vida abandonada,
bajo la negra maldición del cielo,
en la cruz del Dolor crucificada!

X

... Y me dijo el fantasma: — ¿Por qué tarda
tu mano en arrancar esa cadena,
cuando lejos de aquí, una serena
felicidad sin límites te aguarda?

Naufragará tu cuerpo, mas gallarda
el alma libre pisará la arena...
¡Para olvidar la angustia de tu pena
deja al recuerdo que en las sombras arda!

Arroja luego su ceniza al viento;
y cuando todo se haya consumido
sobre la tierra y en tu pensamiento,

— Fénix por el amor purificado —
renacerá tu sueño del olvido,
inmémora de todo lo pasado!

LA CIUDAD MALDITA

I

Vi una noche de angustia y de misterio,
que lo que dentro de mi alma había
en incendiaria dispersión huía
hasta dejarla como un cementerio!

Y arrastrado por impetus obscuros,
por el miedo de todos contagiado,
yo también escapé, desesperado,
saltando zanjas y trepando muros!

Y me encontré de pronto, taciturno,
pisoteada la sangrienta veste,
entre las avalanchas de basalto

del desgredado pánico nocturno
de una ciudad que huye de la Peste
ó de las pesadillas de un asalto!

II

Pasaron junto á mí, en el delirio
de los apocalípticos degüellos,
vírgenes, humeantes los cabellos,
como vivas antorchas de martirio;

semblantes fugitivos y atezados,
partidos por sangrientas cicatrices;
ancianos retorcidos cual raíces,
con los ojos de horror desencajados.

Niños con la cabeza chamuscada...
Y todo entre un horrible desconcierto
de gritos, de blasfemias y oraciones!...

Y alguna madre loca y desgredada
que, lactando, acercaba á su hijo muerto,
las llagas de sus flácidos pezones!

III

Y aquel ronco y terrible vocerío
se apagó en los silencios de lo arcano,
como se pierde el clamoroso río
en la profundidad del Oceano.

Y hundiendo en las tinieblas la mirada,
cuando todo rumor se hubo extinguido,
regresé á la ciudad abandonada,
sordo de espanto y de terror rendido!

Los que altivos palacios fueron antes
 eran tan sólo ruínas humeantes...

Al peso del dolor doblé los hombros,

y recordando sus gloriosos días,
 resucité, llorando, en sus escombros,
 la sombra tumular de Jeremías!

ZARABANDA TRAGICA

I

Tristes memorias de los tiempos idos
 vuelven en funerarias procesiones
 á encender en mi estancia sus blandones
 junto á tantos cadáveres queridos!

Todas con la mortaja polvorosa,
 las túnicas sangrientas desgarradas,
 igual que si acabaran desgreñadas
 de alzarse de las piedras de una fosa!

En la oquedad de su pupila hundida
fosforecen recuerdos de miradas...
Su boca cantos de otros tiempos vierte...

Y en torno del cadáver de mi vida,
con un crujir de tibias descarnadas
bailan la zarabanda de la Muerte!

II

Unos vienen de lejos, de tan lejos
que siglos ha durado su viaje...
La fatiga ha esculpido su miraje
en las arrugas de sus entrecejos.

Un viento de pavor crispa y arruga
el sudario, y sus manos descarnadas
un grito arrancan de las oxidadas
cuerdas de un esqueleto de tortuga.

Sus harapos están llenos de lodos,
y bajo el tórax lóbrego y estrecho,
aún palpitar su corazón se siente

con ritmo musical!... Y llevan todos
cicatrices de heridas en el pecho
y un ramo de laurel sobre la frente!

III

Los hay lúgubres, trágicos y extraños,
curvados bajo el peso de la carga
de sus hondos pesares y la amarga
sabiduría de los desengaños.

Una argolla de hierro ciñe el cuello;
su sien taladra el clavo de la idea;
y en sus manos, el viento, lento hojea
el libro del Destino, roto el sello,

Las quimeras les cubren con sus velos,
y un aroma magnético de opios
sostiene la inquietud de sus desvelos;

y la ansiedad de sus pupilas hueras
enfoca con sus largos telescopios
los cometas que cruzan las esferas!

IV

Los hay pequeños: larvas de deseos,
capullos que pudieron ser rosales,
que andan á rastras cual los animales,
rumiando infantiles balbuceos.

Sonrien con sus labios desdentados.
Sus esqueletos mondos de impureza,
tienen todos la púdica belleza
de los vírgenes senos intocados,

Son los ensueños que se malograron,
 los efimeros sueños que duraron
 apenas la ilusión de una alborada...

Huérfanos del amor y la fortuna,
 cuya senda en el mundo está marcada
 por un fugaz relámpago de Luna!

NOCHES DE AMOR

I

La sombra del jardín nos envolvía,
 y todo parecióme á nuestro lado
 por algún genio amigo conjurado
 para que fueras, como fuiste, mía.

La tiniebla aumentaba á cada instante...
 Sólo tus joyas y tus lentejuelas
 en el mar de la sombra circundante
 dibujaban fosfóricas estelas!

Entre las ramas nos hallamos presos;
dejaron de brillar tus avalorios,
y trémulos de amor y ebrios de besos,

juntos rodamos sobre el negro piélago....
¡Y la noche cubrió tus desposorios,
con sus velludas alas de murciélago!

II

Se sumergió la angustia de mi cuello
en el sedoso mar de las tinieblas
con que la noche de mi lecho pueblas,
al desatar tu trágico cabello.

Rasgué con mano trémula los lazos
del cendal que tus ébanos velara,
y de orgullo temblé, cual si gozara
á la Noche desnuda entre mis brazos!

En la viciosa obscuridad moría
tu voz!... El alma en las tinieblas era
como un lirio que cierra un albo broche,

mientras clavados sobre mí veía
fosforecer tus ojos de pantera
en las negras pestañas de la Noche...

LA DANZARINA

¡Danza, danzarina, con tus pies desnudos!...
¡Que tus movimientos lascivos y rudos,
tejan en la alfombra
como un remolino
de escorzos y esguinces, de luz y de sombra,
giros de serpientes y arcos de felino!

Al beso provoca,
tu lengua que tiene temblores de llama
entre el sanguinante clavel de tu boca!

Cuando tus perfumes derramas al viento,
dentro de nosotros la lujuria brama
como un tigre hambriento!

Tu seno, que á veces, entre el velo asoma,
tiene una dorada madurez de poma
reclamando unos dientes voraces...

Y al doblar tu cintura, agitada
por no sé qué lascivias tenaces,
nuestra carne se encoge curvada,
igual que una fiera
que avizor el ojo, la garra crispada,
el tímido paso de su presa espera ...

Bajo el transparente
temblor de tu velo, palpitar se siente
tu carne desnuda, de amor encelada;
y enciende el deseo
tu negra mirada,
en un fugitivo y audaz parpadeo!

En tanto que sobre tus niveos hechizos
se encrespan, ondulan y enredan, silbando tus rizos,
cual vivos manojos de negras serpientes,
¡que acaricien mis manos ardientes
las curvas suaves, cálidas y blancas
que modelan tus senos turgentes,
y hacen bello el vigor de tus ancas
finas y potentes como dos potrancas!

¡Sigue, danzarina, tejiendo en la alfombra,
como un remolino
de escorzos y esguinces, de luz y de sombra,
giros de serpientes y arcos de felino!

SOLEDAD

Silencio... Soledad... La noche es nieve.
Los árboles proyectan sus fantásticas
sombras sobre lo blanco del paisaje.

Han pedido socorro mis plegarias
contra los ígneos ojos sanguinarios
que fosforecen entre secas ramas,
y sólo ha respondido á mis lamentos
mi propia voz, más triste y más lejana.

¡Desnudo corazón, tiembla de frío!...
 La nieve ha hablado con su luz al alma;
 y he comprendido, al fin, por qué no brotan
 flores sobre su seno, y en las guájaras
 sólo mudos fantasmas hormiguan,
 las sombras de los árboles se abrazan,
 y una luna de crímenes y muertes
 fosforece en las cruces funerarias!

El árbol, con sus voces sin sonidos,
 algo dijo también; y supo el alma
 por qué en una otoñal melancolía,
 cuando los troncos humeantes hablan
 y el aliento que fluye en los labios
 flota como neblina entre las ramas,
 tronchó su corazón y hendió sus brazos
 del leñador imperturbable, el hacha!

El lobo, el mismo lobo, dijo aullando
 por qué en las noches nebulosas baja

callado á los casales de la aldea,
 y sueña con la carne tibia y blanca
 de los niños perdidos, que en las sendas
 del bosque sorprendiera la borrasca!

La propia luna, al verme tan sombrío,
 tendió brazos de luz á mi garganta,
 y bajó hasta mi cuerpo como antorcha
 que ilumina una cripta solitaria,
 y me dijo al oído por qué llora
 su trémulo fulgor, por qué embriaga
 de amores imposibles á las vírgenes,
 que sueñan, á su luz, en las ventanas!

Silencio... Soledad... Tristeza inmensa,
 lágrimas de dolor... No se oye nada...
 Y mi voz, repetida por los ecos,
 cada vez me parece más lejana,

más débil y más triste, hasta perderse
 en el silencio de la noche, ahogada,
 cual si una mano dura y rencorosa
 la fuese estrangulando en mi garganta!

FIN

INDICE

LA COPA DEL REY DE THULE (1898-1900)

	<u>Páginas</u>
PRÓLOGO.....	9
Ofrenda.....	25
Los crepúsculos de sangre.....	27
Medioeval.....	36
Flores de ensueño.....	43
Epitalamio.....	47
Paisaje de sombra.....	51
Los murciélagos.....	55
Neuróticas.....	63
La canción de la esperanza.....	69
Flores rojas.....	73
A Juan R. Jiménez.....	77
Sonetos:	
Paisaje interior.....	85